

El Imperio Inca

Por Roque Daniel Favale

La zona central andina de la América del Sur es uno de los ámbitos más ricos en vestigios de importantes civilizaciones antiguas en todo el mundo. En la antigüedad existieron en esta zona varias culturas muy desarrolladas que, desde muchos siglos antes del comienzo de nuestra era fueron apareciendo y desapareciendo y superponiéndose unas a otras, hasta llegar a confluir todas en una sola, que se convertiría en una de las más importantes civilizaciones de todos los tiempos: el imperio Inca.

Aproximadamente a partir del año 1200 a. C. comienzan a desarrollarse las primeras culturas en la zona de la costa norte del actual Perú. Es en esta época cuando empiezan a surgir los primeros indicios del nacimiento de núcleos poblacionales, pequeñas aldeas que configuran los primeros antecedentes del urbanismo andino. Con el correr de los años, los centros religiosos se van transformando en populosos núcleos urbanos que albergan residencias, mercados, y órganos administrativos, políticos y religiosos. La economía de estos centros se apoyaba primordialmente en el desarrollo y control de grandes extensiones territoriales dedicadas a la economía agrícola y la ganadería, mientras que el mantenimiento específico de los órganos de poder residía en un sistema de tributación del pueblo que incluiría no sólo la aportación de materias primas sino también de la prestación de labores en obras públicas, o prestando servicios a las clases dirigentes.

Se estima que estas clases llegaron a tener riquezas extraordinarias, hecho comprobado con los hallazgos arqueológicos, especialmente de tumbas de señores de la cultura *Moche*, entre otros. Precisamente esta cultura fue una de las más importantes de la era pre incaica, habiéndose iniciado en la zona de los valles de *Chicama y Moche*, para luego, alrededor del año 200 a. C. comenzar a expandirse hacia otros valles. Otras civilizaciones de importancia comenzaron a aparecer en diferentes zonas desde el norte de Perú hasta la actual Bolivia, que con el correr de los siglos desarrollarían las bases de la cultura incaica. Pueblos como la civilización Moche, Tiawanaku, Nazca y Chimú, dejaron todo su bagaje cultural como herencia a aquellos que se encargarían de llenar su espacio y desarrollar una cultura que iba a ocupar el lugar, político y territorial, de todas ellas, llegando a convertirse en una de las más importantes civilizaciones de todos los tiempos.

Orígenes

El inicio de la civilización incaica se remontaría aproximadamente al año 1100 de nuestra era, aunque este supuesto inicio, está basado, como suele ser habitual, en una leyenda. La tradición cuenta que un héroe civilizador llamado Manco Cápac, hijo del sol, fundó la ciudad del Cuzco en un valle entre la confluencia de dos ríos. Éste había sido enviado por el sol junto a su hermana y

esposa Mamá Ocllo, con el objeto de que reuniesen a los naturales en núcleos poblacionales y los convirtieran en seres civilizados, debido a que el astro rey se había compadecido del estado de barbarie y abandono en el que estaban viviendo los hombres. Los hermanos venidos del cielo habrían llegado a la tierra en las inmediaciones del Lago Titicaca –el lago más alto del mundo–, en la actual zona fronteriza entre Perú y Bolivia para luego iniciar un lento peregrinaje por las altísimas llanuras del altiplano. Tenían en su poder una pequeña vara de oro y según las instrucciones recibidas por el sol, deberían fijar su residencia en el sitio en donde la vara se hundiera por sí sola. Una vez que arribaron al valle del Cuzco tuvo lugar el hundimiento prodigioso de la vara y de esta forma establecieron su residencia. Ya instalados en el sitio prodigioso, Manco Capac comenzó a instruir a los hombres en la agricultura, mientras que su hermana y esposa instruyó a las mujeres en las artes del hilado y el tejido. Así, la gente del valle, obedeciendo las divinas enseñanzas, se convirtió en los cimientos del pueblo Inca. En poco tiempo, el aprendizaje recibido hizo a este pueblo notablemente superior a las demás tribus vecinas, erigiéndose en la tribu dominante, lo que los llevó a extenderse más allá de las fronteras del valle del Cuzco unificando las culturas por medio de las conquistas militares.

Existen diferentes teorías sobre la forma de apreciar esta tradición. Hay quienes niegan la existencia del más mínimo atisbo de verdad en su contenido, afirmando que la leyenda es una creación totalmente original que se inventó en tiempos de apogeo del imperio, para dar soporte divino a sus monarcas, instituyéndose en descendientes del hijo del sol, además de lograr una unidad religiosa del pueblo con toda una jerarquía eclesiástica, con vistas a su dominación. Pero también están aquellos que, como el Inca Garcilaso de la Vega, piensan que la leyenda tiene una base de verdad, atribuyéndole la identidad del supuesto hijo del sol, a algún individuo extranjero instruido e inteligente, que al arribar con su grupo al valle del Cuzco, comprendió que haciéndose pasar por un Dios podría convertirse en el jefe de los elementales naturales que habitaban el lugar en condiciones precarias. En definitiva, es probable que un pequeño grupo procedente de la zona de los actuales Andes bolivianos, o quizás de los alrededores del lago Titicaca se hayan instalado en la zona del valle del Cuzco huyendo de vecinos hostiles o simplemente buscando un lugar más apto para el desarrollo de la actividad agrícola y ganadera, llegando, con el correr de los años, a unificar la multitud de costumbres, tradiciones y cultos de los diversos grupos étnicos residentes en las zonas lindantes.

Existen, por otra parte, otras tradiciones que intentan echar luz sobre los orígenes incaicos, que hablan de hombres blancos y barbados que salieron de las aguas del lago Titicaca, o incluso del mar, para civilizar al pueblo y hacerlos vivir en paz. Esta leyenda, con diferentes variantes, se repite sistemáticamente en numerosas culturas americanas de diferentes zonas geográficas, como por ejemplo en la cultura azteca, cuando se recuerda la leyenda de Quetzalcoatl, el dios civilizador blanco y barbado que había llegado de oriente y un día partió prometiendo volver. Este tipo de leyendas provoca irremediablemente en muchas personas la tentación de interrogarse sobre las misteriosas razones que pueden haber hecho que una misma historia se haya expandido por tan extensos territorios que teóricamente no tenían contacto entre sí. ¿Quiénes serían estos hombres

blancos barbados que llegaron desde las aguas en épocas remotas, muy anteriores al arribo de los españoles? Esto, claro, si realmente estas leyendas tienen una base de hechos verdaderamente acaecidos en tierras americanas.

De una u otra forma, no parece probable que el inicio de esta civilización se remonte al año 1100 de nuestra era, como lo afirman diversas crónicas, debido a que no concuerda el lapso de tiempo transcurrido desde entonces hasta la fecha de llegada de los conquistadores, con la cantidad de monarcas ungidos por la tradición andina. Cuenta esta tradición con una genealogía conformada, desde aquella época hasta la llegada de los españoles, por una lista de trece Incas, aunque se estima que de todos ellos, sólo pueden ser considerados con cierta certeza, verdaderos personajes históricos a los últimos cinco, ya que se duda sobre los primeros ocho, a quienes no se adjudica una entidad enteramente histórica debido a la falta de información fehaciente. El primer grupo está conformado por: Manco Cápac, Sinchi Roca, Lloque Yupanqui, Mayta Cápac, Cápac Yupanqui, Inca Roca, Yahuar Huacac y Viracocha Inca. El segundo grupo integrado por aquellos monarcas cuya referencia histórica estaría comprobada, está formado según el siguiente detalle: Pachacuti Inca Yupanqui, Topa Inca Yupanqui, Huayna Cápac, Huáscar y Atahualpa.

Incluso no hay seguridad de que los primeros monarcas hayan detentado el poder en forma de Inca todopoderoso, sino que se estima posible que el poder haya sido compartido probablemente entre dos monarcas, originarios de diferentes secciones de la ciudad capital. Se sabe que durante mucho tiempo, existió en la zona una intensa rivalidad entre los descendientes de Manco Cápac y el pueblo de los Chancas. El final de este enfrentamiento daría al triunfador la posibilidad de lograr la hegemonía sobre el valle y lanzarse a una aventura expansionista. Aproximadamente en el año 1438 se dio este final, con el triunfo definitivo de los Incas sobre sus aguerridos rivales. Es a partir de este momento que puede hablarse con propiedad del imperio Inca o *Tawantinsuyu*, coincidiendo con el inicio del reinado del considerado como el verdadero creador de esta civilización: el Inca Pachacuti. Durante su reinado, aproximadamente entre los años 1438 y 1471, se llevó a cabo el engrandecimiento de la ciudad del Cuzco, el establecimiento de las instituciones, la organización del imperio y, principalmente, el inicio de la expansión territorial. Fue guerrero, organizador y legislador. Algunos lo han llamado el Alejandro Magno de la antigua América. Esta fervorosa actividad en beneficio del imperio, la heredó a su hijo Topa Inca Yupanqui, quien consolidó la expansión que llevó a esta civilización a contar con un territorio de unos 600.000 km², alcanzando a cubrir los actuales territorios de Perú, Bolivia y Ecuador, y parte de Colombia, Chile y Argentina, en la época de la llegada de Francisco Pizarro.

Igualmente, todo, absolutamente todo lo que pueda decirse de esta civilización, es relativo, debido a que jamás dejaron registro escrito alguno, y todo lo que conocemos de su historia y características se debe a la tradición oral a través de los siglos, recogida por los cronistas españoles, lo que a todas luces, parece una fuente, como mínimo, pasible de errores, modificaciones, interpretaciones y demás elementos que pudieran desvirtuar la exactitud de la información a través del tiempo.

Organización del poder. El Inca y la nobleza.

Según la tradición, el poder pasó ininterrumpidamente de padres a hijos a partir de Manco Capac, al hijo primogénito de la *Coya*, única esposa legítima del monarca cuya condición la distinguía entre las numerosas concubinas de palacio. De cualquier forma, también es relativa esta tradición ya que se cree que si en su momento, éste no era el más apto, se escogía al más hábil entre la prole de los principales. Con el objeto de mantener la pureza de la sangre real, al no mezclar la sangre del Sol con la sangre humana, según lo dictaban sus creencias, esta esposa o *Coya*, era escogida de entre las hermanas del Inca. Precisamente el monarca era quien se hallaba a la cabeza del Estado, en forma de rey supremo y, si bien originalmente gobernó una pequeña tribu, luego se convirtió en la autoridad máxima de un enorme imperio, que ejercía en forma despótica su poder teocrático, disponiendo a su antojo sobre la vida y obra de sus súbditos. Su poder provenía directamente del sol, el *Tata Inti*, ya que se decía descendiente directo de Manco Capac, hijo del sol y progenitor de todos los futuros monarcas. Los jóvenes escogidos para suceder al Inca, eran encargados a un grupo de sabios o *amautas* desde muy temprana edad, a los fines de ser instruidos en las artes del poder, la educación militar y el ceremonial religioso, el cual llegó a un alto grado de complejidad. Los jóvenes de entre los cuales saldría el sucesor, tenían que superar a los dieciséis años una prueba atlética que incluía ejercicios, lucha, pugilato, carreras, ayuno riguroso y diferentes tipos de combate. Esto duraba unos treinta días, y no todos llegaban al final con vida, debido a las exigencias desmedidas que implicaban este proceso. Terminada la prueba todos eran recibidos por el Inca y felicitados por éste, a manera de estímulo. Luego seguía un largo y complicado procedimiento ritual que concluía con la elección del sucesor, en la plaza principal de la ciudad, en medio de un animado festival público de danzas y cantos. A partir de este momento, el elegido era puesto al lado del Inca, y se le otorgaban ciertas funciones de importancia dentro de la administración, convirtiéndolo en una especie de vice gobernante, con el propósito de evitar peleas en la sucesión, aunque esto no siempre pudo evitarse, llegando incluso a darse el caso de haber cambiado al sucesor a último momento.

El soberano, cuya denominación era *Sapa Inca*, utilizaba varias insignias de poder, entre las cuales se distinguía la *mascapaicha* que usaba sobre su cabeza, y que solía estar coronada por dos plumas de un exótico pájaro. También su vestuario debía diferenciarlo de los demás mortales, ya que él estaba situado por encima de todos, llevaba una túnica sin mangas que le llegaba hasta las rodillas, confeccionada con telas de lana de vicuña, de la más alta calidad, cubierta por una capa. Calzaba unas sandalias de lana, normalmente blancas.

El Inca llevaba una vida holgada y plena de comodidades, sin embargo debía cumplir con múltiples obligaciones derivadas de su majestad. Su principal labor eran los viajes permanentes, a manera de agotadoras peregrinaciones por todas las rutas del imperio para, entre otras cosas, inspeccionar la construcción de palacios, obras públicas de importancia estratégica y militar, y en épocas de guerra, llegaba a acompañar a sus ejércitos. La comitiva era enorme, y se

desplazaban con lentitud por las rutas imperiales, descansando en los *tambos*, posadas bien aprovisionadas construidas sobre los caminos, que se calculan en varios miles en el momento de apogeo. El Inca era llevado en una litera que tenía detalles en oro y piedras preciosas, pero solía mostrarse sencillo al arribar a los pueblos, tomando contacto con los naturales para conocer sus problemas, incluso llegaba en oportunidades a tomar parte en alguna disputa en los tribunales locales.

Los palacios reales eran totalmente construidos en piedra, en edificios sumamente extensos de una sola planta con un patio central, cubiertos con techos de paja o de madera. Jamás un nuevo Inca ocupaba el palacio de su antecesor, sino que se construía un nuevo palacio, donde pasaba a residir con toda su corte de concubinas, guardias y servidores. El palacio del Inca que fallecía era cerrado con todos sus tesoros dentro. El nuevo monarca nada recibía en herencia, sino que él debía procurarse todo lo que constituiría la imagen de su dignidad real. Ni siquiera heredaba el personal de servicio, ya que normalmente eran inmolados junto a sus concubinas sobre el sepulcro del fallecido Inca, llegando a tratarse, en ocasiones, de varios cientos de personas.

La nobleza estaba dividida en dos clases dominantes. En primer lugar estaban situados inmediatamente después del Inca, todos los descendientes del soberano, quienes conformaban la denominada *panaca* real. Al parecer, el monarca llegaba a tener cientos de hijos con sus numerosas concubinas, situación que a veces complicaba la satisfacción de las necesidades de alojamiento y manutención de esta clase acomodada. Estas personas, llamadas “orejones” por los españoles, por causa de la deformación de las orejas que se provocaban a propósito con el uso de unos enormes adornos circulares encarnados en sus lóbulos, consumían en demasía y llevaban una vida de lujo que, en ocasiones, poco tenían que envidiarle a la que llevaba el monarca. Sólo miembros de esta clase podían ejercer las principales dignidades religiosas, además llegaban a obtener destacados cargos administrativos y militares, y tenían privilegios de los que no podían gozar quienes se encontraran fuera de la nobleza, como la poligamia.

La otra clase dominante estaba constituida por los *Curacas*. Estos eran los caciques de las naciones conquistadas que los Incas con sus guerras iban adosando a su creciente imperio. Los monarcas incas sabían cómo lograr pleitesía y admiración de sus conquistados, y una de sus estrategias era justamente no remover a estos caciques de su cargo, llevarse a sus hijos para que fueran educados en el Cuzco prácticamente como virtuales rehenes, e incluso no prohibir la religión local, siempre que se adorara en primer término la figura del Inca, se respetaran la leyes y la religión oficial. En ocasiones este tipo de medidas no era suficiente y se llegaban a realizar traslados de una tierra a otra para facilitar la integración. La autoridad de estos personajes era solamente local. Si bien los “orejones” eran seres absolutamente superiores y contaban con privilegios exclusivos inherentes a su dignidad, los *Curacas* disponían también de ciertos privilegios que los diferenciaban fuertemente del pueblo, aunque en este caso, aparentemente, recibían estos privilegios en forma de obsequios y halagos de parte del soberano, como para dejar en claro que no les eran inherentes. Así se lograba mantener a los *Curacas* en su lugar dentro de la escala social incaica, y a su vez se establecía toda una cadena de distribución de privilegios, bienes, y lealtades que aseguraban el perfecto funcionamiento de las instituciones. Estas prebendas podían incluir el uso

de literas, vestidos de telas finas, viviendas en zonas nobles, concubinas y servidores.

Existía además otro grupo de privilegio que era el de las denominadas *aclla*, o mujeres elegidas. Estas mujeres eran elegidas entre las más bellas del imperio cuando eran niñas, y eran educadas conjuntamente las que provenían de la nobleza como las escogidas entre el pueblo. Luego de recibir una educación de elite durante cuatro años, tenían diversos destinos que iban desde convertirse en esposas o concubinas de miembros de la nobleza, hasta ser Vírgenes del Sol o *mamacunas*, condición que las llevaba a recluirse para siempre en los *acllahuasi*, manteniendo su castidad y una rígida disciplina cuya falta de observación era pasible de la pena capital.

Organización política y social

Todo estaba dividido en el imperio en forma matemática y precisa, para facilitar las tareas tendientes a lograr el estricto orden pretendido por el Estado. La población de todos los territorios del imperio en su conjunto al momento de la llegada de Francisco Pizarro, se estima entre unos veinte y treinta millones de personas. La denominación de este reino, era *Tawantinsuyu*, o imperio de los cuatro costados o regiones, ya que estaba dividido en cuatro territorios: el *Collasuyu*, al Sur, que era el más extenso de todos; el *Cuntisuyu*, segunda parte del imperio, que abarcaba las regiones localizadas al oeste y sudoeste de la ciudad del Cuzco; el *Chinchasuyu*, que ocupaba los actuales territorios de Ecuador y sur de Colombia y el *Antisuyu*, que se extendía hacia el Este, donde se sitúan las laderas orientales de la cordillera y el nacimiento de la selva amazónica. Cada uno de estos territorios, o costados, contaban con una especie de gobernador a la cabeza, denominado *Tucuyricuc* o *Suyoyoc Apu*. Éste detentaba el poder máximo en temas de toda índole, administrativos, jurídicos, políticos y militares. Comandaba desde la sede de su gobierno a un verdadero ejército de funcionarios que eran itinerantes o residentes en los diferentes pueblos de su distrito. A su vez, su desempeño era celosamente vigilado por funcionarios imperiales. Los cuatro *suyos* eran los territorios originales de las diferentes culturas conquistadas mediante las armas por los incas. Hacia cada uno de ellos se dirigía uno de los cuatro caminos principales que salían desde la capital, el Cuzco, que significaba ombligo del mundo. Esta ciudad, habitada por unas 200.000 personas a la época de la conquista, también se hallaba dividida en cuatro distritos, que pertenecían a dos partes principales. La mitad inferior de la ciudad se llamaba *Hurin Cuzco* y la superior era *Hanan Cuzco*. A su vez, cada uno de los cuatro distritos tenían subdivisiones, y en cada uno de ellos intentaba agruparse a los habitantes según su raza y origen, quienes mantenían en parte sus costumbres y vestimenta típica. De esta organización urbana, podían conocerse datos como la clase social, procedencia y grupo étnico, tan sólo con saber en cuál barrio de la ciudad vivía una persona.

Esta civilización llegó a formar un Estado con una organización social realmente sorprendente, que no deja de causar aún hoy en día el asombro de investigadores e historiadores del mundo entero. La población vivía en casas o

pequeños núcleos habitacionales diseminados por el campo y los sembradíos. Cuando se trataba de pueblos de mayor envergadura, éstos solían encontrarse enclavados en salientes rocosas y demás sitios no aptos para los trabajos agrícolas, de manera de aprovechar al máximo las superficies cultivables. Las personas que habitaban estos pueblos se agrupaban de acuerdo a una forma original de organización social denominada *ayllu*, que fue la base de esta sofisticada estructura. El *ayllu* era una comunidad conformada por todos los descendientes de un antepasado común, y no tenían un número predeterminado de miembros, podían ir desde unas pocas decenas hasta cientos de personas. El conjunto de *ayllus* formaba la población de las aldeas, y cada uno de ellos, como una unidad social poseían un determinado territorio a los efectos de la residencia, el culto a los espíritus y las labores agrícolas a las cuales estaban obligados. Esta misma estructura estaba presente incluso en la corte real, ya que la nobleza cuzqueña era el grupo descendiente del monarca, pero se diferenciaban por su denominación especial –*panaca* real-, algunos privilegios como el de la poligamia, y además por que no poseían porciones de tierra asignadas debido a que nunca debieron cumplir con tarea agrarias. En oportunidades, se realizaba el traslado de *ayllus* completos, que a veces significaba el traslado en masa de pueblos enteros, por motivos religiosos, estratégicos, políticos o económicos. Estos grupos trasladados eran denominados *mitimaes*.

El pueblo o *hatun runa*, era el verdadero motor del imperio, tenían la responsabilidad de trabajar las tierras del Estado con el objeto de crear riquezas que fueran suficientes para el mantenimiento básico personal de los plebeyos, la manutención de las clases privilegiadas improductivas y del inmenso aparato estatal. Los miembros de los *ayllu*, es decir todo el pueblo fuera de la nobleza, no poseían absolutamente nada ya que en el imperio no existía algo como la propiedad privada, y ni siquiera podría llamarse privada a su vida personal. No les estaba permitido cambiar de residencia, ni siquiera cambiar los colores de la ropa y el sombrero que debían utilizar para ser identificados según su origen, además no tenían derecho a ninguna clase de educación proveniente del Estado, salvo la estrictamente ligada al aprendizaje de técnicas de trabajo. Dentro de los *ayllus*, aunque con cierta independencia de éste, se encontraban los *Yanaconas*, que aparentemente tenían la tarea de cuidar las propiedades rurales del Inca, como sembrados y ganado, aunque no se ha llegado actualmente a una conclusión definitiva sobre la actividad y status de este miembro del grupo.

El Estado llevaba el control estadístico sobre todo; se contabilizaba y registraba la población según sexo, edad, clase, ocupación, residencia. Toda la población del *Tawantinsuyo* se dividía según un sistema decimal que los organizaba en decurias, agrupaciones de diez cabezas de familias de entre veinticinco y cincuenta años. Luego se organizaban en cincuenta, cien, quinientos y mil individuos, categorizados por edad, sexo, etc. Todos los individuos estaban completamente controlados por el Estado prácticamente en cada uno de sus actos, incluso en los más íntimos como las relaciones con sus congéneres. Nada era privado, ya que según la concepción del Estado todo era de su incumbencia, de manera que era absolutamente normal el control incluso sobre los nacimientos y los matrimonios, siendo esto último de carácter obligatorio. Si alguien no había encontrado con quien contraer matrimonio dentro de las edades indicadas, entre

los 24 y 26 años para los hombre y de 18 a 20 para las mujeres, el funcionario encargado formaba las parejas según su criterio, de manera de que todos cumplieran con su obligación. Algunas mujeres solteras podían llegar a convertirse en concubinas de altos funcionarios

El *Quipucamayoc* era el funcionario que se encargaba de controlar todas estas cuestiones de estadísticas y censos, fundamentales para las políticas demográficas seguidas por el Estado. Su elemento de trabajo primordial era el *quipu*, complejo instrumento confeccionado en cuerdas, que según la forma, nudos y colores con que se armaba, contenía una u otra información. Este sistema nemotécnico tenía un método que pocos conocían ya que su enseñanza estaba reservada solamente a escogidos funcionarios estatales, miembros de la nobleza y otros pocos individuos ligados a tareas estatales. Existían en el Cuzco depósitos especiales donde se guardaba toda esta información, a manera de un gigantesco ministerio de economía de un Estado del mundo actual.

Trabajo, justicia, vida social.

En el imperio Inca, pocas cosas resultaron tan importantes para el Estado como el respeto a las leyes, y a sus efectos, se organizó un aceitado sistema de leyes y durísimos castigos para los que las violaran. En las ciudades y pueblos del interior del imperio había organismos similares a tribunales que entendían en delitos leves, y los gobernadores de los distritos se erigían en jueces superiores cuando se trataba de delitos graves. Los jueces tenían un plazo de cinco días para concluir con los litigios. No existían las apelaciones, pero el sistema promovía la mejor administración de justicia posible.

Existían pocas leyes, casi todas de carácter penal, como las que castigaban el homicidio, el robo y el adulterio, delitos que tenían penas tremendas, aunque podían existir ciertos atenuantes, por ejemplo para aquel que robara comida por necesidad. El hablar en contra de la figura del Inca, la sedición, la blasfemia en contra del Sol eran penadas con la pena de muerte, pero también podían serlo otros delitos relacionados con la organización y el funcionamiento de la maquinaria estatal, como destruir puentes y caminos, sembradíos, edificios públicos, árboles frutales, etc. Se adjudicaba a las leyes un carácter casi divino, ya que emanaban del Inca, y por eso violarlas era un sacrilegio, aunque, como suele darse en este tipo de estructuras, la justicia no alcanzaba a todos por igual, viéndose más favorecidos los miembros de la nobleza por los fallos de los jueces.

Las leyes relativas al fisco, eran de vital importancia ya que organizaba los ingresos con los que se nutría el aparato del Estado. A sus efectos, el territorio imperial se dividía en tres partes, y lo producido dentro de cada una de ellas, se destinaba a su titular. Los titulares de estas tres partes eran, el Sol, el Inca y el pueblo. Lo destinado al Sol se empleaba en mantener toda la inmensa estructura religiosa del Estado, con su culto, sus castas sacerdotales y templos. Lo que correspondía al Inca, pasaba a cubrir todos los gastos del aparato del Estado, incluyendo la manutención de la nobleza improductiva y el boato real. Por último, restaba lo producido en la parte correspondiente al pueblo, esta tierra se dividía proporcionalmente entre todos los habitantes, y era trabajada por estos para lograr

su propia manutención. Todas estas tierras eran trabajadas exclusivamente por el pueblo, que de esta forma contribuía obligadamente con su fuerza de trabajo al mantenimiento del Estado mediante este sistema denominado *mita*.

En este imperio no existía la pobreza, nadie jamás pasaba hambre debido a la compleja distribución de las tierras y tareas que marcaba la ley, lo que constituía una especie de comunismo agrario primitivo. Resulta notable el hecho de que a pesar de haber contado con una extensión territorial y una población rara vez igualada en la historia por un único imperio, lograron a fuerza de organización y decisión política erradicar la pobreza, la miseria y la marginalidad, cosa raramente alcanzada a lo largo de la historia de la humanidad, aunque a costa de un Estado opresor y omnipotente que no permitía el menor atisbo de iniciativa individual ni propiedad privada. Según éste sistema comunitario, la tierra era propiedad del Estado pero era entregada a la colectividad y todos debían trabajar en ella. Sólo a los ancianos y enfermos se les permitía no trabajar, todos los demás debían hacerlo y vivir del producto de ese trabajo. Cuando las personas del pueblo contraían matrimonio, el Estado les proveía de una casa –según el caso podía ser construida por la comunidad- y una porción de tierra o *tupu*, en usufructo que debían trabajar con el fin de abastecerse. A cada hijo varón que nacía se le entregaba una porción y si nacía una niña se le entregaba media porción de tierra. Cada año, los funcionarios del Estado que recorrían todos los territorios imperiales con sus *quipus*, redistribuían la tierra según las modificaciones dentro de los grupos familiares, haciendo cumplir estas leyes agrarias y demográficas.

Por otra parte, todos los habitantes debían cumplir una labor comunitaria obligatoria que sería algo así como el pago del tributo al poder imperial, que los obligaba a trabajar con el sistema de la *mita* en la obra pública como la construcción de puentes, templos, caminos, las minas y demás tareas para el Estado. Este mismo sistema fue más tarde adaptado por los españoles para consolidar su estructura de explotación de los grupos indígenas.

Esta especie de fraternidad denominada *ayni* en la cual todos trabajaban para sí mismos, para el prójimo y para el Estado, se manifestaba fuertemente, cuando alguna situación como un trabajo demasiado duro, o si un factor climático o alguna peste llegaba a dañar las plantaciones de algún territorio. En estas situaciones, el Estado organizaba el auxilio de los vecinos, para que las víctimas no debieran sufrir ningún tipo de privación.

En cuanto a los rebaños de animales, estaban formados por llamas, alpacas, guanacos y vicuñas. Se trata de camélidos que en la actualidad continúan existiendo y conformando un recurso económico de importancia para los habitantes de la zona. De estos animales, que eran todos eran de propiedad exclusiva del Inca y del Sol, se extraía lana -siendo la de la llama la menos apreciada y la de vicuña y alpaca las más finas- y a algunas se las utilizaba también como bestias de carga, aunque debido a su poca resistencia, debían armarse caravanas de hasta mil ejemplares, que además no podían recorrer más que unos cuarenta y cinco kilómetros diarios. Anualmente, nutridos grupos de llamas machos arribaban al Cuzco y eran utilizados por la corte para su consumo y sacrificios en ritos religiosos. Estaba absolutamente prohibido sacrificar ejemplares hembras.

Si bien las leyes laborales eran tan estrictas y exigentes a los fines de no permitir el ocio, como para llegar a contemplar incluso que los niños de cinco años ya debieran comenzar a ayudar a sus padres, también contemplaba que el Estado mantuviera a los ciegos, sordomudos, minusválidos y ancianos, sin que tuvieran que realizar labores. Tampoco quedaba jamás un huérfano abandonado ya que estos niños eran confiados a una familia que los educara y alimentara. Estas leyes de protección a los más débiles constituían uno de los valores más importantes para la sociedad.

Arquitectura, ingeniería, caminos Reales y la guerra.

Uno de los ámbitos entre los que más descollaron los incas fue en la arquitectura, materia en la cual se destacaron principalmente con la construcción de templos, palacios y edificios militares. Por todos los rincones del imperio proliferaban este tipo de construcciones, que formaban parte de su sistema de dominación y expansión territorial, al utilizar la construcción de edificios como otro elemento aglutinante de la variedad de etnias y culturas tan diferentes que habían sido dominadas. Su arquitectura se destacó por el tratamiento de la piedra, como material principal de sus construcciones. Si se alcanzan a distinguir diferentes estilos dentro de su arquitectura, éstos se definirán a partir del tipo de bloque utilizado, dándole su tamaño y forma, mayor o menor importancia al conjunto. Podrían distinguirse así, tres estilos: el más sencillo, realizado con piedras sin labrar, y de forma irregular, especialmente utilizado en la construcción de viviendas; el segundo, para lo cual se utilizaban piedras perfectamente labradas, con formas geométricas, a veces insólitas como la famosa piedra de los doce ángulos de Cuzco, para la construcción de palacios, templos y edificios estatales; y en tercer lugar las construcciones de carácter ciclópeo, para lo cual se utilizaban piedras de tamaños, a veces inverosímiles, que provocan aún en la actualidad no sólo el asombro, sino el interrogante de cómo pueden haber sido transportadas -a veces durante largas distancias sobre terrenos irregulares- sin haber contado los incas con el auxilio de la rueda ni de herramientas duras. Este último tipo de construcción se utilizaba especialmente para edificaciones de carácter militar. Como ejemplo se puede citar especialmente a la célebre fortaleza de Sacsahuamán, en las afueras del Cuzco, especie de muralla defensiva con significación religiosa que causó el horror de los conquistadores españoles, llegando incluso a ser calificada como “construida por el demonio” por el fraile Valverde, y a ordenar su destrucción, cosa que finalmente no pudo ser llevada a cabo. En cualquier caso, sus construcciones eran normalmente de una sola planta. Tal fue la pericia alcanzada en estas artes por esta civilización, que provocó el asombro de los conquistadores y hoy en día, se mantienen en pie todas aquellas obras no destruidas por ellos, luego de siglos de soportar ataques, saqueos y terremotos.

El más famoso de sus templos fue el Templo del Sol localizado en Cuzco, que se denominó *Coricancha*. No fue sólo el más famoso, sino también el más importante, ya que constituía el centro mismo del culto al Sol para todo el imperio. Estaba compuesto por un edificio principal y varios más pequeños, que ocupaban en su conjunto una gran extensión de terreno en el área central de la ciudad. Sus

paredes eran de piedra labrada a la perfección, y cada bloque estaba unido uno a otro sin ningún tipo de argamasa a pesar de lo cual no podía introducirse por sus juntas ni la más delgada punta de espada. En su interior colgaba una inmensa imagen del sol labrada en oro, incrustada de esmeraldas, y otras más pequeñas que exhibían todo tipo de piedras preciosas. Poseía un inmenso jardín donde todas sus plantas, sus flores, animales y mariposas eran de oro, incluso los más básicos adornos y hasta las cañerías de agua eran del áureo metal. Casi todas las paredes estaban enchapadas en oro desde el piso al techo y hasta las cornisas exteriores del edificio principal lo estaban. Había otro templo menor dedicado a la luna, en cuyo interior destacaba su imagen, confeccionada en plata. Otros edificios menores estaban dedicados a la adoración a las estrellas, al relámpago y al arco iris. En sus alrededores había edificios que albergaban en sus habitaciones a numerosos sacerdotes que desarrollaban el culto religioso. Era casi una ciudad dentro de otra, habiendo llegado a contar con una planta estable entre trabajadores y sacerdotes de unas cuatro mil personas.

Otra importante edificación de carácter religioso fue el Templo de Pachacámac, cuyas ruinas se encuentran en las proximidades de la actual ciudad de Lima, capital del Perú, que aunque fue construido con anterioridad a la llegada de los incas a esa zona, éstos lo mejoraron utilizando su estilo arquitectónico. Otros sitios donde pueden apreciarse restos arqueológicos de importantes asentamientos son Pisac, Ollantaytambo, Tambo Machay y muy especialmente, la asombrosa ciudadela de Machu Picchu, construida sobre el río urubamba, a una altura de 2350m sobre el nivel del mar, y recién descubierta en el año 1911.

Cabe destacar la extrañeza que provoca el ver algunos contrastes tan marcados en su arquitectura. Mientras desarrollaron obras tan perfectas y monumentales dentro de su estilo, que aún hoy causan asombro, no utilizaron la columna ni el arco; casi todos los techos fueron de paja y es prácticamente inexistente cualquier tipo de construcción que tenga más de una planta. Asimismo, casi desconocieron el uso de ventanas, no desarrollaron una veta artística para hacer más bellas sus construcciones como la pintura o algún tipo de frisos o molduras. Insólitamente, se estima que no llegaron a conocer el uso de la rueda, al menos para la construcción ni el transporte, y ni siquiera desarrollaron un sistema para ensamblar vigas, las que sujetaban atándolas con fibras de maguey.

También se destacaron por sus obras de ingeniería, dirigidas especialmente al desarrollo de las tareas agrícolas y a las comunicaciones, temas en los que superaron ampliamente a otras culturas precolombinas. Son famosos sus impresionantes desarrollos de terrazas escalonadas para el cultivo que podían llegar a tener decenas de metros de ancho y hasta 1500 metros de largo, y sus sistemas de irrigación, que eran capaces de trasladar agua a través de enormes distancias mediante canales y acueductos subterráneos perfectamente construidos con enormes lozas. En las zonas de la puna se construían lagos artificiales alimentados mediante canales, desde donde se redistribuía el agua hacia las zonas de sequía. Las terrazas eran construidas en sitios a veces inaccesibles, como escarpadas laderas de montañas, para luego ser llenadas con tierra, ganando de esta forma preciosos nuevos terrenos para el cultivo. La tierra era trabajada además con abono producido en enormes cantidades por ciertas aves de la costa, cuya caza o daño era penada con la muerte. Este abono se denominaba *guano*, y es el nombre

que aún hoy conserva, incluso se continúa utilizando en la actualidad y constituye una importante fuente de recursos para el Perú.

En cuanto a las comunicaciones, tuvieron un desarrollo impresionante gracias a la aplicación de sus conocimientos de ingeniería, llegando a crear una red de caminos y puentes, que sólo conoce un antecedente comparable en la que fuera construida en el antiguo imperio romano. Tan importante resultó esta obra que todo el proyecto de conquistas, y el funcionamiento de la vasta organización del aparato estatal, se basó en su existencia y buen funcionamiento. Dentro de esta intrincada red de caminos que puede haber alcanzado una extensión de 40.000 kilómetros se destacaban por su importancia el que iba desde el Cuzco hasta Quito, y el que iba desde el Cuzco hacia el sur, llegando hasta los confines del imperio. Iban por el medio de las montañas, por valles o bordeando la costa. Los tramos principales estaban totalmente cubiertos por piedras lisas en forma de lozas, y en otros sectores, los materiales se habituaban a las necesidades, además, en lugares calurosos se encontraban bordeados de arboles para dar sombra al caminante. A lo largo de toda su extensión, regularmente podía encontrarse los llamados *tambos*, especie de almacenes totalmente provistos de todo tipo de elementos necesarios para el descanso, abrigo y alimentación. Cuando estos caminos llegaban a un abismo –algo bastante habitual- existían inmensos puentes que, según las necesidades, podía llegar a ser colgante sobre base de cables de fibras vegetales, y de una enorme longitud. Los ríos poco caudalosos eran cruzados por balsas que aguardaban al caminante en puestos permanentes. Pero no sólo caminantes se trasladaban por estas vías, sino que lo hacían miles de funcionarios, inmensas caravanas de llamas, comitivas que incluso a veces acompañaban al Inca, ejércitos pertrechados para la batalla, y correos. Éstos últimos, llamados *chasquis*, conformaban un servicio de correo sin igual, integrado por profesionales de uniforme, organizado a la perfección para que la noticias llegaran de un extremo a otro en el menor tiempo posible o para que el inca pudiera disfrutar de la pesca del día en su cena, entre otras cosas. Cada unos dos o tres kilómetros, existían unos pequeños refugios a ambos lados del camino en donde residían en forma permanente dos *chasquis*. En todo momento había uno descansando y otro vigilando el camino; cuando llegaba un correo avisaba haciendo sonar una especie de pequeña trompeta, y el que estaba esperando comenzaba a correr al lado del recién arribado, mientras éste último transmitía el mensaje oral para que el otro lo memorizara o le entregaba el envío. De esta forma, la transmisión del mensaje o envío jamás se detenía ni un instante desde su partida hasta el punto de destino, llegando a alcanzar una velocidad promedio de diez kilómetros por hora en forma ininterrumpida.

A través de esta fabulosa red de caminos se trasladaban también los ejércitos del Inca hacia sus guerras de conquista. Este ejército estaba formado por hombres de 25 a 50 años de edad, y cualquiera que estuviera dentro de esas características podía llegar a ser incorporado. En épocas de guerra, los pueblos del interior eran literalmente vaciados de hombres, ya que éstos eran reclutados compulsivamente a través de todo el territorio. El jefe supremo del ejército era el Inca, o el heredero del trono, en su calidad de escogido como sucesor, y era habitual que alguno de estos dos personajes acompañara en persona a la hueste imperial. Sus cartas de triunfo principales eran la táctica y estrategia, que se

llevaba a cabo con pericia, gracias a la férrea disciplina con que se desempeñaban los soldados, y a su perfecta organización. Hoy en día nos parece casi increíble imaginar al ejército, compuesto por decenas de miles de hombres, trasladándose por los caminos a distancias inimaginables de sus hogares, junto con caravanas de cientos de llamas que los aprovisionaban de alimento y fuerza de carga. Sus armas eran numerosas, y se destacaban el arco y la flecha, la honda, y la macana, especie de mazo con filos. Se protegían con armaduras, cascós y tablas de madera, así como con escudos de piel. A diferencia de lo que sucedía en mesoamérica por la misma época, donde los aztecas arrasaban con los pueblos conquistados, los Incas tenían la modalidad de intentar vencer al enemigo con la menor violencia posible, incluso mediante la diplomacia, y cuando la batalla terminaba, los vencidos eran tratados como amigos, sus jefes recibían cargos políticos y presentes, y sus dioses eran respetados, obviamente con la condición de aceptar la dominación del poder del Cuzco. Luego de estas campañas de conquista, se producía un apoteótico regreso triunfal al Cuzco, similar a lo que sucedía en la Roma imperial, durante el cual el Inca exhibía sus trofeos y presentaba a sus nuevos vasallos. Era ésta una oportunidad para grandes ceremonias de tinte religioso durante las cuales la ciudad entera se llenaba de música y de danzas.

Religión

Todas las actividades de esta civilización estaban imbuidas de religión, todo era místico y, de una forma u otra, todo tenía origen o destino divino. El espíritu profundamente religioso del pueblo era exacerbado por la acción del Estado para que constantemente se profundizara aún más y más, diseñando una intrincada parafernalia de dioses, ritos y ofrendas sin los cuales era imposible llevar adelante la vida sin verse afectado por poderosas fuerzas sobrenaturales. El temor a lo desconocido promovido en el pueblo por la religión oficial, operaba como elemento fundamental para la unidad del imperio y la dominación de las enormes masas que lo conformaban. De tal forma, el gobierno incaico constituyó una absoluta teocracia, sumamente opresiva.

No existe una absoluta claridad sobre muchos aspectos de la ideología religiosa de los incas, y se estima que existían algunas diferencias esenciales entre el culto de la élite imperial y el que desarrollaban las masas rurales. Es posible que algunas figuras del panteón incaico fueran de excesiva complejidad para las mentes básicas de los componentes del *hatun runa*, y que, de esta forma, se haya ido adaptando el culto a las diferentes clases sociales. Así, se habría ido sofisticando el culto en los selectos templos urbanos donde se desempeñaba el poder eclesiástico imperial, mientras que se iba precarizando en las zonas rurales al verse irremediablemente influidas por las creencias populares de las clases campesinas, algunas de ellas incluso, anteriores al sometimiento de sus pueblos.

La base religiosa era la creencia en una entidad superior todopoderosa, que había creado el mundo y el universo. La denominación de éste dios creador era Viracocha, quien luego de crear el mundo arribó a la tierra desde el lago Titicaca, para pasar a crear la humanidad. Seguidamente, les dejó los mandamientos para llevar adelante la civilización y se marchó caminando sobre las aguas en dirección

al sol, no sin antes prometer que regresaría en el futuro. En realidad, es muy relativo lo que se conoce sobre este dios civilizador, ya que existen en la zona andina múltiples leyendas sobre él, que refieren diferentes orígenes, formas y características, haciendo muy confusa su verdadera entidad. Es probable que este mito haya llegado a nuestros días después de haber sufrido adaptaciones de todo tipo luego de recibir influencias de creencias cristianas y mitos de zonas rurales. No deja de ser significativo que una vez caído el incanato este culto desapareció completamente.

Por otra parte, existen discrepancias sobre la importancia del culto a Viracocha, y al Sol, y sobre las épocas y oportunidad de éstos. Hay teorías que dicen que el culto al Sol tomó fuerza a partir del acceso de Pachacuti al trono, ya que éste tomó la decisión política de erigirlo por sobre todas las cosas, eclipsando la figura de Viracocha, pero también hay teorías que dicen exactamente lo contrario.

Parece bastante probable que, a mediados del siglo XV, Pachacuti haya tomado la decisión política de elaborar junto con sus asesores en temas de culto, los *amautas*, una teología basada en la adoración al Sol, con la intención de dejar de lado figuras como Viracocha, que se presentaban como sumamente complejas para las masas campesinas, permitiendo de esta forma, crear un nuevo orden religioso más sencillo, accesible y por lo tanto, mas aglutinador.

Así, en poco tiempo, se habría iniciado la operación política de unificar todos los cultos en el nuevo orden religioso oficial, con sus dioses, sus ritos y ofrendas técnicamente diseñados a la medida de personas que requerían un culto de fácil comprensión y cumplimiento. Mediante una exitosa gestión de los funcionarios del Estado, todo el imperio se pobló de Templos del Sol de los cuales el más importante fue el Coricancha de Cuzco, cada uno de los miembros del *hatun runa*, cumplió con su culto, un tercio de las tierras de todo el imperio se le adjudicaron en propiedad al Sol, y los Incas se convirtieron por obra y gracia divina en hijos del resplandeciente astro.

De tal forma, la divinidad principal fue el astro solar, a quien, como ya se ha dicho, se adjudicaba la paternidad sobre la dinastía real y la fundación del imperio. Seguidamente, como deidad menor se adoraba también a la luna, hermana del sol, a la que se acostumbraba representar con un disco confeccionado de plata. Otras deidades también fueron Venus y las estrellas. El rayo, los relámpagos y las tormentas se representaban unificados en la figura de *Illapa*, a quien se le invocaba para pedirle el agua de lluvia necesaria para traer riqueza a los campos.

Era muy importante en el interior el culto a la *Pachamama*, o diosa madre de la tierra, que aún hoy en día continúa rindiéndose en la mayor parte de las tierras que pertenecían al imperio, y en las franjas costeras se adoraba a la *Mamacocha*, o madre del mar. Era también muy importante el culto a *Pachacámac* en la costa central, aunque prácticamente se limitaba a esta zona, donde se encontraba su famoso Templo, que databa de épocas anteriores a la llegada de los incas.

Creían en el más allá y en la inmortalidad del alma luego de la muerte física, razón por la cual desarrollaron sofisticadas técnicas y rituales de momificación. Esto fue principalmente aplicado a los gobernantes, los cuales, una vez fallecidos, eran momificados y mantenidos sentados en tronos de oro dentro de

un templo de la capital imperial, y sacados a participar en desfiles y procesiones por la ciudad del Cuzco en ocasión de ciertas festividades.

Tenían la creencia de que existían tres mundos: el *Janajpacha*, que era el mundo de arriba, algo así como el cielo para los cristianos, el *Uku pacha* o mundo de abajo donde los malos iban a pagar sus penas con siglos de trabajos forzados, y el *Kay pacha*, o mundo del agua.

Los campesinos también rendían culto a multitud de divinidades e ídolos regionales, y espíritus, que, en varios casos, modificados por las creencias cristianas, continúan rindiéndose hoy en día. De entre aquellos se destacaba la *Huaca*, término algo ambiguo que podría englobar varios tipos de objetos y lugares, que pudieran ofrecer alguna característica especial o aparentemente sobrenatural. La religión de las masas campesinas comprendía también las prácticas rituales llevadas a cabo por hechiceros y brujos que disfrutaban de gran popularidad y respeto entre los naturales. Poseían supuestos poderes con los cuales podían convertirse en animales –especialmente en cóndores y pumas-, y preparaban poderosas pocións que, según los efectos buscados, podían solucionar problemas afectivos o personales.

El sumo sacerdote, cabeza de la religión oficial del incario era el *Villac Umu*. Su importancia era enorme, ya que regía los destinos de una organización gigantesca y compleja, vital para la unidad imperial, y sólo era inferior en jerarquía al Inca, de quien generalmente era hermano o primo. Supuestamente debía llevar una existencia casta durante toda su vida, pero de acuerdo con las crónicas, se estima que pudo haber tenido concubinas. Presidía un consejo supremo integrado por una decena de sacerdotes denominados *Hatun Villca*, con quienes diseñaban las técnicas de ritos y cultos oficiales, y presidían las festividades religiosas.

Otro grupo de importancia dentro de las jerarquías sacerdotales era el de los adivinadores o *huatuc*, quienes formaban un virtual oráculo permanentemente consultado por el Inca para conocer lo que le depararía el futuro.

En las festividades oficiales se realizaban ricas ofrendas y numerosos sacrificios de animales -llamas y carneros- y en ocasiones especiales también se realizaba algún sacrificio humano, aunque esto era aparentemente muy poco habitual. Las ceremonias oficiales más importantes se llevaban a cabo simultáneamente en todo el imperio y tenían que ver siempre con los ciclos agrícolas, entre las cuales se destaca la famosa festividad del *Inti Raymi*, que hoy en día se lleva a cabo en el Cuzco todos los años en el mes de Junio, aunque actualmente tiene menos de místico que de teatral, y su objetivo está más afianzado en la melancolía por las glorias del incario y la repercusión en el turismo, que en la ceremonia ritual de antaño.

¿Qué nos dejaron los incas?

No cabe duda de que la cultura incaica, llegó a un grado de desarrollo que la equipara a cualquiera de las grandes civilizaciones antiguas del mundo. Son notables sus alcances en lo social, cultural, técnico, político y económico, y es imposible no admirar que llegaron a ello en un estado de virtual aislamiento del

resto del mundo conocido. Obviamente no todo aparece como admirable, sino que existen componentes de su cultura sumamente repudiables como el sistema de opresión instaurado por el incanato sobre las enormes masas de campesinos, mantenidos en la más abyecta ignorancia para poder ser dominados y dirigidos hasta en sus más íntimas acciones. Sin embargo, no hay que dejar de lado el hecho de que ésta fue una cultura enteramente original al haberse desarrollado en un virtual aislamiento del resto del mundo, y de que ellos se encontraban en un nivel de desarrollo que para algunos antropólogos no pasa de lo que sería para el esquema tradicional la edad de los metales, encontrándose en teoría en un grado de civilización similar al de antiquísimas civilizaciones de la zona de la antigua mesopotamia, miles de años antes de Cristo. Si se comparan las instituciones y logros de esta cultura, con las de otras similares, nos encontraremos con elementos negativos similares, pero otros positivos absolutamente superiores, incluso si la comparamos con la civilización europea que los conquistó, donde, a pesar de contar con un desarrollo comparativo de miles de años de ventaja, eran comunes las masacres, la tortura, la inquisición, la miseria, el hambre y la esclavitud.

De todas formas, no existe medio alguno para conocer en qué dirección hubiera seguido el desarrollo esta civilización que logró, entre otras cosas, desterrar el hambre, la miseria y la falta de solidaridad de entre sus habitantes, si su marcha no hubiera sido interrumpida por la espada de acero toledano del conquistador español, aunque no hay que olvidar que cuando esto sucedió, el imperio parecía haber entrado en un proceso de descomposición, merced a su guerra fratricida, con un final absolutamente incierto. Por otra parte, tampoco se dispone de la completa información adecuada como para intentar imaginarlo, debido a la falta del conocimiento de la escritura y la pintura de esta cultura que sólo dejó una tradición oral, que se volcó a relaciones escritas por españoles. Sin embargo, al viajar en la actualidad por los territorios de Perú, Bolivia, Argentina y Colombia, que hace siglos fueron ocupados por los incas, y al leer las estadísticas socio-económicas de los países que hoy ocupan esas tierras, uno ve desolación, campos vacíos y abandonados, sequía, masas de personas desempleadas en la más abyecta miseria, esclavizados, perseguidos y acorralados; miles de niños muriendo de hambre anualmente, abandonados a su suerte por sus autoridades y políticos, quienes a través del tiempo han llegado a convertir a esta zona en una de las más pobres del mundo, a pesar de sus asombrosas riquezas naturales, y uno no puede evitar preguntarse: ¿Qué fue lo que sucedió?

A pesar del exterminio de esta civilización y de todo lo que había logrado, con el correr de los años, el legado de su cultura se difundió a todas las latitudes, y luego de mucho tiempo de no haber recibido demasiada consideración, comenzó a fascinar al mundo: Más allá de la presencia de infinidad de elementos incaicos en la cultura de las sociedades aborígenes actuales de la zona, como la lengua, la alimentación, la ropa, los tejidos, costumbres, etc., el mundo entero convive en nuestros días con su legado, aunque normalmente no lo percibe. Muchas palabras de su lenguaje, (el quechua, lengua hablada en la actualidad por muchos naturales de los territorios del extinto imperio) o derivadas etimológicamente de ellas forman parte de distintas lenguas de la actualidad. Una enorme cantidad de los vegetales que formaban parte importante de la dieta básica incaica llegaron a Europa y se consumen hoy masivamente en todo el mundo sin que casi nadie tenga

noción de su origen incaico, especialmente la papa y la batata, el tomate, el frijol, la calabaza y el maíz, mientras que otros están comenzando a hacerse más populares luego de haberse descubierto en ellos notables propiedades nutritivas como el caso de la Quinua –a la que se sindica como el grano del futuro- y el Amaranto, que está comenzando a ser cultivado en diversos países. Otro vegetal de importancia fue la hoja de Coca, elemento absolutamente fundamental de la vida de los incas, y de sus descendientes de la actualidad, que llegó a tener importancia en el campo medicinal y fue la base de la fórmula original de la bebida más famosa del mundo: la Coca – Cola, que se llama así justamente por la hoja incaica. Desgraciadamente, esta hoja es también la base del proceso químico que produce la cocaína, la terrible droga que trágicamente está inundando gran parte del mundo. Otra planta medicinal de vital importancia que se conoció desde la conquista del Perú, y que viajó luego a Europa fue la Quina, que se constituyó en la panacea para la cura de la malaria, cuando esta enfermedad se había convertido en un verdadero azote para la humanidad. También existen multitud de otras especies vegetales provenientes de la zona andina, de uso alimentario, industrial medicinal y ornamental, que hoy en día se utilizan en todo el mundo.

Por otra parte, sistemas y diseños para confeccionar telas en talleres andinos fueron utilizados durante mucho tiempo por todo el planeta, y las lanas de alpaca y vicuña que utilizaban los incas en esos telares, son las mismas lanas con las que se confeccionan algunas de las más finas prendas de abrigo que pueden conseguirse en estos días en sofisticadas tiendas de Europa y Estados Unidos.

Si bien la veta artística de este pueblo no se desarrolló en demasía, las nuevas creencias religiosas importadas de Europa junto con los más sofisticados materiales y técnicas artísticas de la época, desarrollaron en el espíritu de los indígenas catequizados un nuevo estilo artístico religioso original que a partir de la denominada “Escuela cuzqueña”, se difundió a través de todo el mundo colonial americano plasmándose en la arquitectura, pintura, muebles, orfebrería y escultura. Estas piezas de inestimable valor artístico pueden verse en la actualidad en museos e iglesias de todos los países de la zona andina, y en museos por todo el mundo.

Es importante también, destacar el reconocimiento mundial a esta cultura, mediante el hecho de que los principales sitios que albergan el acervo histórico y natural de esta sorprendente civilización, como la Ciudad del Cuzco y el Santuario Histórico de Macchu Picchu en Perú, y la Quebrada de Humahuaca, en el norte de la Argentina, han pasado a formar parte del Patrimonio Mundial de la UNESCO, con el propósito de su conservación para las futuras generaciones.

Cambiando quizá radicalmente de óptica, aunque sin abandonar el tema, cabría agregar que, en el año 2000, la Walt Disney Productions realizó un largometraje de dibujos animados, que se llamó “Las locuras del emperador” (“Emperor’s new grove”) cuyo protagonista era un emperador Inca llamado Kuzco, y sus personajes principales eran una llama, una familia de un *ayllu*, y miembros de la corte imperial. Obviamente, tanto el desarrollo de personajes, como el diseño de los escenarios y las circunstancias del guión, poco tuvieron que ver con lo relatado previamente en el presente artículo, sin embargo, resultó algo importante que una empresa de la magnitud de la Disney haya confiado tanto en un tema incaico con miras a la creación de un producto de consumo masivo, como para hacer una millonaria inversión, y lo haya encarado con la suficiente seriedad

como para enviar un equipo al Perú durante varias semanas para la etapa de pre producción. Con más razón hay que otorgarle importancia a este hecho, pensando en que el film fue un éxito y contribuyó, a su manera, en mayor o menor medida a difundir entre los niños y nuevas generaciones de todo el mundo cierto interés por la cultura andina.

Finalmente, a pesar de que probablemente aparezca el siguiente comentario como algo quizá desubicado dentro de un artículo de tema histórico que pretende ser serio, creo que es importante agregarlo ya que resulta absolutamente válido a los efectos de demostrar hasta qué punto la cultura incaica, a pesar de su aniquilación, logró permanecer viva a través de los siglos, hasta límites diría, inimaginables, aunque, como ya se dijo, lamentablemente sin ser percibido por la mayoría de las personas: el tema es que a raíz de esta importante producción de la Disney, Mc Donald's, el restaurante de comidas rápidas más famoso del mundo, ofreció a sus clientes durante la época de estreno de la película, un menú especial para niños que incluía como regalo unos muñecos articulados de los personajes. Estando yo cierto día comiendo una hamburguesa en uno de estos locales, de repente no pude dejar de notar que un niño en la mesa de al lado abrió la cajita de su menú, y: 1) con una mano tomó su muñeco de Kuzco, el emperador Inca de la película, 2) con la otra mano tomó su Coca-Cola, cuyo nombre deriva de la hoja de Coca incaica, así como también su fórmula original, 3) en su bandeja lo esperaban su sobre de papas fritas las cuales, sin freir, no son otra cosa que la antigua base alimentaria del pueblo inca; una hamburguesa con tomate, vegetal que también constituía uno de los alimentos de la cultura andina; y un sobrecito del mundialmente difundido condimento ketchup, producido también con tomate. Al darme cuenta de que casi la totalidad de lo que le habían servido al niño en el Mc Donald's, tenía origen incaico, y pensar que en ese momento estarían sirviendo lo mismo en miles y miles de locales similares a lo largo de todo el mundo, me vino a la mente aquella frase que dice una vieja canción: "Aunque no lo veamos, el sol siempre está".

Roque Daniel Favale

Glosario

Aclla Huasi: Casa de escogidas, residencia de las Vírgenes del Sol.

Amauta: Hombre sabio. Maestro religioso.

Apacheta: Montículo de piedras, para hacer ofrendas a las divinidades..

Ayllu: División social o linaje que conformaba una unidad, base de la organización social incaica.

Aywa: Adiós

Cápac: Señor principal. Jefe más poderoso.

Coya. Reina, mujer principal del Inca.

Cumpi: Tejido con hilado de vicuña de la calidad más fina.

Curaca: Especie de cacique, jefe de un pueblo rural.
Cuyllur: Estrella.

Chasqui: Correo incaico o mensajero.

Hanan-Cosco: Mitad de arriba. Parte alta del Cuzco
Hurin-Cosco: Mitad de abajo. Parte baja del Cuzco.

Huaca: Objeto o lugar sagrado que posee una fuerza espiritual o poder sobrenatural.

Hatun runa: Gente grande. Denominación de la población del imperio. Pueblo.

Huatuc: Adivino

Hurin-Cosco: Mitad de abajo. Parte baja del Cuzco.

Inti: Sol. Dios Sol.

Illapa: Dios del rayo , el trueno y relámpago.

Llauto: Especie de vincha tejida con fina lana que se ceñía a la cabeza del Inca. Su significado era similar al de una corona, y normalmente exhibía plumas exóticas.

Mamacuna: Joven escogida para ser convertida en Virgen del sol.

Mascapaycha = Borla, insignia del inca.

Mita: Servicio obligatorio de trabajo para cumplir periodicamente con el pago del tributo al Estado.

Mitimae: Poblaciones y personas trasladadas a un lugar extraño a cumplir una tarea estatal.

Pacha: La tierra. El mundo.

Pachamama: Madre tierra.

Panaca: Grupo o linaje formado por toda la descendencia de un monarca, excluyendo al hijo sucesor en el mando.

Poncho: Manta de abrigo con los colores del ayllu.

Puna: Zonas áridas y frías de la zona andina, a alturas superiores a los 3.000 metros

Runasimi. Lengua de los hombres. Denominación oficial incaica para el quechua.

Quipu: Cuerdas que se confeccionaban con distintos colores y nudos que se utilizaban para contabilidad, con fines económicos, censales y tributarios.

Quipucamayoc: Funcionario del Estado encargado de los quipus.

Sapa inca: Grande. Inca principal sobre los demás.

Tambo: Posada, mesón.

Tawantinsuyo: Imperio de las cuatro regiones. Denominación oficial del imperio.

Tupu: Medida de área y de longitud. Porción de tierra que se entregaba a los pobladores.

Yupanqui: Memorable. Apodo adosado al nombre de algunos Incas.

Waman: Halcón.

Bibliografía:

- Baudín, Luis, *La vida cotidiana en tiempos de los Incas*. Buenos Aires, 1977
Disselhof, H. D. *Las grandes civilizaciones de la antigüedad*. Destino. Barcelona 1965
Prescott, W. H., *Historia de la conquista del Perú..* Cía. Gral. De ediciones. México 1965
Usera de, Luis, y Bravo, María Concepción, *Los Incas.*, Colección Cuadernos Historia 16, Madrid
Von Hagen, Victor , *Realm of the Incas.*, New American Library. Londres 1962